

que, por lo mismo, ignoraban la conducta observada por los franceses. Uno de los periódicos conservadores, después de copiar las palabras en que se trataba de presentar á las tropas francesas amenazando la religion católica, decía: «Hé aquí á los hombres que se oponen á la intervencion: hé aquí á los juaristas que anatematizaron el culto católico, alarmados hoy ante la idea de que vienen protestantes y mahometanos en el ejército francés, y de que puede perderse, á causa de ello, la religion que ellos detestan.»

Entre tanto las actas de adhesion de los pueblos al nuevo orden de cosas, declarándose por el imperio, llegaban diariamente á la regencia del imperio mejicano. Numerosas eran desde los primeros dias esas actas de adhesion proclamando la monarquía y eligiendo al archiduque Maximiliano para emperador de Méjico. Antes de terminar el mes de Julio; esto es, cuando no habian transcurrido aun quince dias de haberse elegido por la asamblea de notables la forma de gobierno, se habian declarado en favor del sistema por ella resuelto, las autoridades y poblaciones que á continuacion expreso: El vecindario de la capital del imperio, los empleados de la administracion general de correos de Méjico, la municipalidad de Chapa de Mota, el ayuntamiento de la ciudad de Puebla, el juzgado de primera instancia de dicha ciudad, el pueblo de Santa María Coronango, el de Santa Clara Ocoyúcan, el de San Andrés, el de Santa Isabel Cholula, el colegio nacional del Espíritu Santo de Puebla, la administracion principal de rentas de la misma ciudad, la recaudacion de contribuciones directas de dicha ciudad, administracion de

correos de la propia ciudad, el ayuntamiento, las autoridades y vecinos de Atlixco, el tribunal superior de justicia de Puebla, el pueblo de la Resurreccion del Señor, las autoridades y vecinos de la ciudad de Matamoros, las autoridades y vecinos del pueblo de San Agustin del Palmar, la guarnicion del pueblo de Huejocingo, la guarnicion de Puebla, las autoridades y vecinos del pueblo de Santo Tomás Tetelilla, la junta patriótica de Toluca, los vecinos y el ayuntamiento de la ciudad de Toluca, las autoridades y vecinos de Zinacantan-tepec, las autoridades y vecinos de la villa del Valle, los pueblos de Tenango y Amanalco, los pueblos de Malinalco, los vecinos del pueblo de Texcoco, las autoridades y vecinos del pueblo de Tepeyahualco, las autoridades y vecinos del de Tizayuca, las autoridades y vecinos del Mineral del Monte, las autoridades y vecinos de Pachuca, las autoridades y vecinos de Chapa de Mota, las autoridades y vecinos de Matamoros, las autoridades y vecinos de Veracruz, las autoridades y vecinos del pueblo de Tesontepic, las autoridades y vecinos del Mineral de Temascaltepec, pueblo de San Andrés, las Gansas, Mineral de Arriba, pueblo de San Francisco de los Ranchos, Tequisquiapan, San Simon de los Herreros, San Miguel Octotipan, San Mateo Mamaloan, y las de las cuadrillas de la Albarrada, Mina de Agua, Cieneguillas, Carboneras, la Carnicería y los Timbres, los pueblos del partido de Otumba, la municipalidad de Axapusco, el ayuntamiento de Veracruz, el ayuntamiento de Zongolica, la municipalidad de Coyoacan y pueblos anexos, las autoridades y vecinos de Tenancingo, el ayuntamiento de Orizaba, el ayuntamien-

to de Córdoba y pueblos de Chocaman, Amastlan Cuichapa y la Punta, pertenecientes á aquel distrito, autoridades y vecinos de la municipalidad de la Asuncion Malacatepec, autoridades y vecinos de San Francisco Calistlahuaca, San Bernardino, San Mateo Oztotitlan, San Antonio Buenavista, Cacalomacan, Capultitlan, Santa Ana, Tepeaca, Santa María Coropango, Santa Clara Ocoyúcan, y las de otras muchas poblaciones y territorios que seria prolijo enumerar.

El establecimiento de la monarquía era visto como el único medio de constituir un gobierno estable y como la garantía del orden, de la paz y de las creencias religiosas de la sociedad. Los propietarios la admitian porque creian encontrar en ella con el arreglo de la hacienda, el término á los ruinosos empréstitos forzosos que sobre la propiedad habian hecho pesar todos los gobiernos que se habian sucedido desde la independenciam; y la clase india, que formaba, en número, la mayoría de los habitantes del país, porque recordaba que durante el gobierno vireinal los monarcas habian exceptuado á los indios del servicio de las armas y de onerosas contribuciones, viéndose desde que se estableció la república conducidos por fuerza á formar los ejércitos, arrancándoles para ello del trabajo de los campos, de los pueblos en que viven, y del seno de sus familias. Todas estas consideraciones, unidas á las promesas solemnes que daba la Francia de no abandonar la empresa hasta que no se hallase sólidamente constituido el gobierno elegido libremente por los pueblos, hacia que las tropas francesas fuesen recibidas en los puntos á donde llegaban, con verdadero entusiasmo por sus habitantes.

Continuamente recibia Forey representaciones de los vecinos de diversos pueblos, diciéndole que enviase alguna fuerza de su ejército. «No hay día,» decia el expresado general Forey en un comunicado que envió á los redactores de la *Estafette*, y que publicaron todos los periódicos conservadores, «en que yo no reciba peticiones de las localidades grandes y pequeñas; unas solicitan un regimiento, otras un batallon, una compañía las mas modestas. No veinticinco ó treinta mil hombres, sino un ejército de cien mil seria necesario para satisfacer todas estas exigencias.» El general francés aconsejaba á los pueblos que solicitaban fuerzas francesas, que se armasen sus vecinos. «Nuestros soldados,» añadía en seguida, «no pueden hallarse en todas partes, y si los mejicanos que los solicitan quieren defenderse de sus contrarios, que se armen y defiendan ellos mismos, y no les faltará nuestro apoyo.»

1863. No debe extrañarse en vista de esa esperanza de paz que abrigaban en todas las poblaciones millares de sus habitantes, que la llegada á ella de alguna columna franco-mejicana, fuese acogida con demostraciones de alegría. La misma entusiasta recepción que tuvieron las fuerzas francesas y mejicanas unidas al llegar á Toluca, alcanzaron en el Mineral del Monte, en Pachuca, donde fueron recibidas bajo una lluvia de flores y en Tulancingo. Describiendo la manera con que fueron recibidos en esta última poblacion, decia un testigo ocular en una carta escrita el 19 de Julio, que publicó en Méjico el periódico *La Sociedad*: «No quiero omitir la descripción de la famosa entrada de las tropas francesas en

»este pueblo: esto es cosa que excede á toda ponderacion,
 »pues la mente no puede concebir lo que en pocas horas
 »presenciaron los ojos: la poblacion toda presentaba no
 »solo el aspecto de una solemnísimá fiesta, sino que la
 »afluencia y concurrencia de los pueblos vecinos, hacia
 »ver en las calles todas, un mar de cabezas, que se mo-
 »vian como las olas, bajo la preciosa y admirable combi-
 »nacion de multitud de arcos de diversas figuras y colo-
 »res, que se unian y enlazaban de un modo mágico y sor-
 »prendente: la multitud de coronas, ramilletes y festones
 »fué incalculable: la alegría de los semblantes, la satis-
 »faccion y el contento se manifestaban en todos: no es
 »posible hacer la pintura de lo que pasó en este dia, para
 »siempre memorable en la historia de Tulancingo: nadie
 »recuerda haber visto una cosa semejante.»

Con el objeto de que esas manifestaciones de adhesion
 apareciesen á los ojos de los pueblos que aun estaban go-
 bernados por las autoridades juaristas, como contrarias á
 los nobles sentimientos del amor á la patria, los periódicos
 liberales que se publicaban en ellos, aplicaban á los
 que se unian á la intervencion, el epíteto de *traidores* y
 de enemigos de la independencia. Por su parte la prensa
 conservadora calificaba, á su vez, de enemigos de la pa-
 tria á los que combatian contra la intervencion, asegurando
 que en esta se hallaba la salvacion del país que de otra
 manera llegaria á ser presa de los Estados-Unidos intere-
 sados en el triunfo del gobierno de D. Benito Juarez. Pa-
 ra los liberales, no adherirse á la intervencion era un ras-
 go de acendrado patriotismo: para el partido intervencio-
 nista no adherirse á ella y no cooperar á su triunfo, era un

delito de lesa-nacion: cada uno de ellos se juzgaba como
 el único que tenia legítimo derecho á exigir que todos los
 hombres de los diversos credos políticos que hasta enton-
 ces habian existido, olvidasen sus antiguas opiniones, le
 ayudasen en la empresa de la felicidad social. Esta felici-
 dad para el partido progresista estaba en el triunfo del go-
 bierno de D. Benito Juarez: para el partido conservador
 en el de la intervencion. Los periódicos liberales se esfor-
 zaban en manifestar lo primero: los periódicos conservado-
 res en demostrar lo segundo. Entre estos últimos, el titu-
 lado *La Independencia*, juzgando como un deber que todos
 los ciudadanos cooperasen al establecimiento del nuevo
 órden de cosas, decia: «Cuando ha llegado para un país
 »la hora de su regeneracion, todos los buenos ciudadanos
 »deben cooperar á que se lleve al cabo la obra lo mejor po-
 »sible. Los que se escusan de contribuir á esta obra tan
 »meritoria, cometen una mala accion contra su patria,
 »porque todos nos debemos á ella, y por ella debemos sa-
 »crificar todos los mezquinos intereses que hacen al hom-
 »bre pequeño y miserable cuando los atiende de preferen-
 »cia á los grandes intereses de su país. En las actuales
 »circunstancias, cuando Méjico necesita la concurrencia
 »de todos sus buenos hijos para reponerse del naufragio en
 »el que iba á perecer, y del que milagrosamente se ha
 »salvado, aquellos partidarios recalcitrantes que se niegan
 »á trabajar por la consecucion de tan noble propósito, me-
 »recen una severa censura por el torpe egoismo de que se
 »dejan dominar. Y no se crea que el pretexto de que per-
 »tenecen á esta ó á aquella comunión política, ó de que no
 »opinan como fulano ó zutano, sean excusas bastantes pa-

ra justificarlo; porque esas excusas, en vez de servir para
 »ra cohonestar su conducta, no sirven mas que para co-
 »honder su buen nombre. Cuando de buena fé se quiere
 »servir á la patria, el hombre honrado, el verdadero pa-
 »triotista, sacrifica sus afecciones particulares y se sacrifica
 »á sí mismo para hacerla bien; esto es lo que no deben
 »ignorar, ó por mejor decir, olvidar los mejicanos en los
 »momentos solemnes por los que atraviesa la nacion.
 »Cuando se instala un gobierno de conciliacion y de orden,
 »que á nadie persigue, que antes al contrario, llama á to-
 »dos los hombres de todos los antiguos partidos que pue-
 »den ser útiles á la organizacion del nuevo sistema de ad-
 »ministracion que ha de afianzar nuestra independencia y
 »el bienestar permanente de todas las clases; un gobier-
 »no, en fin, que no se opoya en ninguna bandería, ni es-
 »cluye la representacion de ningun interés legítimo, sino
 »que se apoya en la nacion entera y solo quiere el fomen-
 »to y prosperidad de todos los intereses de la sociedad, ¿por
 »qué se habria de excusar nadie de tomar parte en este
 »gran trabajo? El error, el error solo, y un error funesto
 »para el que incurre en él y para el país, puede única-
 »mente causar tan deplorable aberracion.»

1863. Así cada uno de los dos grandes partidos
 Julio. que se habian disputado el poder por espacio
 de cuarenta y dos años, buscando últimamente el apoyo,
 uno en los Estados-Unidos, y el otro en las naciones oc-
 cidentales de Europa, pero ambos igualmente celosos de
 la independencia de su patria, se consideraba como el eco
 de la voluntad nacional.

Las actas de los ayuntamientos y de los vecinos de las

numerosas poblaciones declarando su adhesion á la mo-
 narquía con el archiduque Maximiliano por emperador, y
 el entusiasmo con que las tropas franco-mejicanas eran
 acogidas por todas partes, hicieron que llegasen á tener,
 los que estaban por el nuevo orden de cosas, la firme con-
 viccion de que muy en breve se restableceria la paz para
 siempre, confiando en que aun los mismos que defendian
 la causa contraria, cambiarian de opinion, al ver que no
 peligraba la independencia. Los redactores del periódico
 francés la *Estafette*, que juzgaban que con solo un paso
 que se diera conciliando en parte los intereses del partido
 liberal, se alcanzaria el éxito de la empresa, decian en
 uno de sus artículos, que «nada contribuiria de una ma-
 nera mas eficaz á poner término á la guerra civil y al re-
 conocimiento del nuevo gobierno por los que aun se opo-
 nian á la intervencion, que el simple reconocimiento de la
 libertad de cultos y la sancion legal de las ventas hechas
 de los bienes del clero.» La prensa mejicana conservadora
 no recibió bien esas indicaciones del colega francés, que
 juzgaba opuestas al sentimiento religioso de la sociedad;
 y el mismo general Forey, comprendiéndolo así y temien-
 do alarmar las conciencias de los que habian aceptado la
 intervencion, porque además de las seguridades que se les
 habia dado de plantear un gobierno estable que afianzase
 la independencia del país, confiaban en que la religion
 católica seria la única que en él existiese, se apresuró á
 enviar una carta, el 15 de Julio, á los redactores de la
Estafette, en que manifestaba su respeto á las creencias re-
 ligiosas del país. «Vuestro diario del 14 de este mes,» le
 decia al redactor en jefe del expresado periódico fran-

«és, «contiene un largo artículo, uno de cuyos pasajes,
»sobre todo, me ha llamado la atención y causado profun-
»da extrañeza.

»Decís que nada contribuirá mas eficazmente á poner
»fin á la guerra civil y á atraerse todos los corazones, que
»el reconocimiento puro y simple de la libertad de los cul-
»tos, y la sancion legal de las ventas legítimamente he-
»chas de las propiedades eclesiásticas.

»La cuestion de la libertad de los cultos en un país tan
»esencialmente católico como Méjico, es demasiado grave
»para que yo me haya creído autorizado á decir acerca de
»ella, en mi manifiesto, otra cosa que lo siguiente: *El em-
»perador veria con gusto que fuese posible al gobierno pro-
»clamar la libertad de cultos, ese gran principio de las
»sociedades modernas.*

»En cuanto á la legalizacion de las ventas legítima-
»mente hechas de las propiedades eclesiásticas, me asom-
»bra la duda que parece implicar el citado artículo de
»vuestro diario. Os remito, pues, pura y simplemente á mi
»manifiesto, donde está dicho que: *Los propietarios de bie-
»nes nacionales adquiridos regularmente y conforme á la
»ley, no serán inquietados en manera alguna,
»y quedarán en posesion de estos bienes. Solo
»las ventas fraudulentas podrán ser objeto de revision.*

»¿Qué mas pueden desear los que continuan la guerra
»civil con motivo de estos bienes nacionales? A menos que
»los propietarios que han adquirido algunos de esos bie-
»nes por el dolo y el fraude no tengan la pretension de
»que el gobierno honrado que ha sido constituido por la
»nacion misma, sancione pura y simplemente esas adqui-

»siciones escandalosas. Supongo que no es esto lo que vos
»mismo pedís.

»El ejército francés ha venido á Méjico para servir de
»salvaguardia á todos los intereses legítimos. Cumplirá su
»mision, y mientras yo esté á su cabeza, mi manifiesto
»será una verdad. Este manifiesto es propio para poner fin
»á la guerra civil y atraerse todos los corazones como vos
»lo deseais.

»Recibid, señor redactor, las seguridades de mi mas
»distinguida consideracion.

»El general de division, senador, comandante en jefe
»del cuerpo expedicionario de Méjico, *Forey.*»

Aunque en esta comunicacion del general en jefe del
ejército francés, la parte última relativa á que los que ha-
bian adquirido bienes del clero, conforme á la ley, segui-
rian en posesion de ellos, no fué del agrado de la mayoría
del partido conservador; la primera, referente á que res-
pecto á la religion se respetaria la voluntad de la mayoría
de los habitantes que eran católicos, fué acogida con ver-
dadera satisfaccion. Forey veia que en Méjico no se habia
abierto aun ninguna iglesia de otros cultos, á pesar de las
leyes dadas por Don Benito Juarez; que nadie profesaba
otra religion que la católica; que la disposicion dada por
el gobierno del expresado Don Benito Juarez permitiendo
el ejercicio de otras religiones, se habia dada en la creen-
cia de que así se atraeria la inmigracion; que esta no se
habia efectuado porque únicamente á los países que dis-
frutan de paz emigran los que abandonan el suyo; y que
no existiendo esa poblacion extranjera perteneciente á
otras religiones, hubiera sido imprudente contrariar la vo-